

de cajapos y cranes están tomadas de rasgos corporales, por ejemplo de orejas largas ó de miembros estrangulados: coroados se llaman los rapados, *loucheux* (bizcos) los que padecen de estrabismo. Hay algunos afijos que indican distinciones: tales son, por ejemplo, el *ore* y el *ere* (es decir legítimos) que los manaos del Río Negro anteponen á sus nombres. Análoga significación tiene el nombre de wintunes que es simplemente un colectivo honorífico que abraza á las distintas ramas particularmente calificadas de pueblo del valle, orador occidental y pueblo del Este, del Oeste, del Sud y del Norte y que significa indios ó pueblo en el sentido de «pueblo de los pueblos.» Los guaraníes no tenían un nombre común sino que los españoles dieron á su lengua esta denominación que significa «sojuzgada.»

Existe entre estos pueblos una porción de ceremonias que embellecen su trato pacífico. Los oyampis usan con tanta frecuencia la palabra *banaré* (amigo) que sus vecinos han llegado á designarles con este nombre y el sitio en que el Oyapok cesa de ser navegable es denominado «punto de desembarque de los amigos.» Una rama de los wintunes de California ostenta también el nombre de *tien tien* que significa amigos, opinando Powers que esta tribu tímida y pacífica pudo haber escogido este nombre para evitar las agresiones de los poderosos y bélicos hupas en cuyo territorio vive. Entre los oyampis y los rukujennes el caudillo tiene que ofrecer á su huésped una bebida de honor que los apalais, muy afines á ellos, sustituyen con el tabaco. Crevaux refiere cuán poco agradable fué para él la bienvenida que le dieron en las aldeas apalais en donde el mayor honor que puede dispensarse á un huésped consiste en permitirle dar algunas chupadas en un cigarro por otro empezado y que se compone de una hoja de tabaco arrollada en una hoja de tauari. La animación que reina en las reuniones de amigos parece desmentir á los que han supuesto que la falta de viveza es uno de los rasgos del carácter del indio. La curiosidad de estos pueblos es grande: son tan raras las novedades en la vida uniforme de estas gentes que el más pequeño accidente es para ellas de interés sumo, apresurándose el que tiene noticia de algún suceso á ponerlo en conocimiento de otras colonias: la visita de un blanco constituye para aquéllas un verdadero acontecimiento. «Con frecuencia pude observar—dice Appun—que en cuanto llegaba yo á una colonia algunos habitantes de la misma cogían su arco y su flecha, armas que no abandonan nunca en sus excursiones, y se alejaban para ir á contar la novedad á la colonia más inmediata.» La hospitalidad es tenida en mucho celebrándose fiestas en honor de los huéspedes; ya se comprenderá que aquélla descansa sobre la base de la reciprocidad, pues la esplendidez que en las fiestas se despliega no suele alcanzar á más extranjeros que á aquellos de cuya correspondencia se está seguro. El que es invitado á comer no puede rechazar la invitación. Las tribus norteoccidentales y los chilotas al acercarse á una costa amiga entonan cánticos que son contestados con otros por los habitantes de la misma.

Todo acontecimiento importante de la vida, del trabajo ó de la naturaleza que se reproduzca en períodos determinados es festejado con muchas y muy variadas fiestas. Bandler hablando de los indios de Nuevo Méjico, y en especial de los de Akoma, dice: «Se regocijan cuando en el solsticio de invierno el astro del día alcanza el máximo de su estado bajo y su disco descansa sobre determinadas rocas guardando una posición que durante mucho tiempo ha sido explicada por la observación empírica. Se regocijan con el solsticio de verano y con el cambio de luna; cuando se ha plantado el maíz ó el trigo ó cuando se ha guardado

la cosecha, todos se entregan á la alegría y al baile. Los nacimientos y los casamientos son otros tantos motivos de regocijo. Durante el invierno se baila cada semana y á menudo muchos días, pero en cuanto desaparece el amarillento sol invernal y ejerce su soberanía en el firmamento el verdoso sol del verano, cesan las danzas, enmudecen los narradores de cuentos porque la serpiente de cascabel ha salido de su guarida y ¡ay del que diga una mentira!» Muchas de estas fiestas tienen un carácter principalmente religioso; otras son más profanas y aun en éstas nótanse casi siempre ciertos indicios de usos supersticiosos que á veces se reducen á dar una gratificación al sacerdote, el cual nunca sale con las manos vacías de una de estas solemnidades. Pero el verdadero período de las fiestas es aquel en que cesan los trabajos y hasta las luchas, consistiendo los festejos comunes en agasajos y hacer regalos á los huéspedes á quienes se reconoce por las danzas que ejecutan. Para conservar el debido orden en estas fiestas hay unos funcionarios especiales y para invitar á ellas existen unos heraldos que en algunos casos repiten la invitación varias veces. Los banquetes que en tales ocasiones se dan consisten en carne y bebidas espirituosas: los amigos del anfitrión colocan directamente los manjares en la boca de los convidados que están sentados alrededor del fuego y lo que sobra vuelve á la casa. Los haidahes del Noroeste celebran una fiesta especial después de terminada la pesca del salmón, fiesta que se prepara paseando el caudillo, que á la vez es hechicero, vestido con pieles de oso y cortezas por la selva con los espíritus. Entre los nutkas las danzas en todas partes generalizadas toman el carácter de verdaderas representaciones escénicas en las que se imitan cazas, luchas y los movimientos de las focas y de otros animales. No faltan tampoco en estos pueblos las ceremonias extravagantes, así por ejemplo entre los thlinkites al final de la danza uno de los bailarines pronuncia un discurso que es contestado por uno de los espectadores. Las fiestas de las tribus del Sud como la de los tschinukes, que por su mayor pobreza están menos desarrolladas, son más sencillas celebrándose sin heraldos, previas invitaciones ni festejos; además, desconocen estos pueblos, al parecer, la hermosa costumbre que tienen los del Norte de que el anfitrión ofrezca regalos á sus huéspedes. Aurelio Krause describe de una manera encantadora el modo cómo son entregados los presentes al acorde de los cantos y siguiéndose rigurosamente el orden de categorías. El hecho de que estos regalos aseguren la cooperación en la construcción de chozas, estatuas y demás ó de que sean devueltos con intereses después de un plazo determinado hace que para los haidahes, que los denominan *poilatsch*, tengan la importancia de institución económica fundamental, transmitiéndose y cambiándose á menudo por este sistema todos los bienes muebles é indispensables.

Para las danzas se emplea, además de la pintura y de los dijes ruidosos, un abundante surtido de variadas y artísticamente esculpidas máscaras que se ponen en el rostro ó en la parte superior del cuerpo ó en la frente: algunas de ellas representan rostros humanos con cabellera, barba y cejas; otras, cabezas de pájaros especialmente de águila y de petral; muchas, cabezas de toda clase de animales terrestres y marinos como lobos, ciervos y delfines: todas son generalmente de mayor tamaño que el natural. Las más de estas máscaras están pintadas y ostentan algunas hojitas brillantes que aumentan la fealdad de las mismas. A menudo se exageran de tal modo estos adornos que algunos hombres llevan sobre sus cabezas grandes maderas esculpidas y pintadas representando, por ejemplo, la proa de

CAPÍTULO V

LOS INDIOS AMERICANOS DEL NOROESTE (I)

«Desde el punto de vista etnológico se trata aquí de una de las regiones más importantes de la tierra, pues además de la proximidad de dos continentes separados por el estrecho de Behring hay la vecindad del archipiélago que entre ambos se extiende, habiendo llamado por esta razón á menudo la atención de los observadores la fisonomía especial que gracias á aquella circunstancia ostenta por un lado reflejos polinesios y por otro ramificaciones de las emigraciones nahúas.»

ADOLFO BASTIÁN.

Generalidades. Traje. Adornos. La clavija de los labios. Tatuaje. Máscaras. Armas. Caza. Pesca. Canoas. Cabañas. Comercio. Juegos y fiestas. Danza y música. — La familia. Educación de los niños. Matrimonio. Condición de la mujer. Totem. Ideas de la propiedad. — El Estado. Limitación del poder del caudillo. Estados. Esclavitud.

Los habitantes de la región comprendida entre las fronteras de las ramificaciones más meridionales de los pueblos esquimales y California por un lado y por otro entre la cordillera de las Cascadas con sus estribaciones septentrionales y el Océano Pacífico, constituyen, bajo muchos conceptos, una rama especial de la gran familia de pueblos americanos, pues si bien coinciden con éstos en lo que respecta á los rasgos fundamentales, diferéncianse de ellos en detalles de la vida externa dentro de una tendencia que acusa próxima afinidad con los hiperbóreos por una parte y con los polinesios por otra. Las influencias extranjeras que han estado profundamente sometidos estos pueblos son anteriores á las visitas que les hicieron los españoles, ingleses y rusos, quienes en unión con las tripulaciones hawaianas y con los canadenses franceses influyeron tan poderosamente en la transformación de la raza y del idioma de estos indígenas que en la actualidad encontramos tribus enteras de mestizos, y una *lingua franca* compuesta de tschinuk, inglés, chino, hawaiano y francés ha llegado á ser la lengua mercantil de la costa de la Colombia Británica.

El traje usual de los dos sexos consiste en una blusa ó capa cuyo borde superior está adornado con una pequeña tira de piel y el inferior con franjas ó borlas. La tela con que se confecciona esa prenda es de corteza de una confiera útil bajo muchos conceptos que Mackenzie denomina simplemente *Cedar* y otros autores *Red Cedar*. Esta capa se pasa por debajo del brazo izquierdo y va á parar al hombro derecho en donde se ata con dos cordones, quedando por consiguiente libres los dos brazos y colgando aquélla hasta las rodillas de manera que cubra el lado izquierdo del cuerpo y deje el derecho completamente descubierto ó á lo sumo en contacto con los bordes de la capa, que se fija al cuerpo con un cinturón generalmente de tosca labor entretejida ó de tela de algodón. Sobre esta prenda de vestir se lleva un poncho, antiguamente de un tejido de pelo

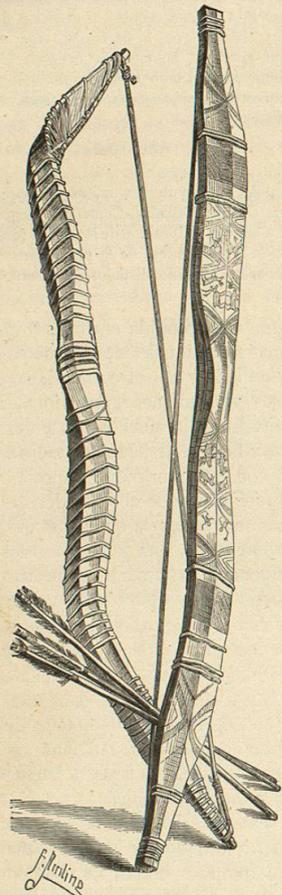
(1) Bajo esta denominación comprendemos á los indios nutkas de Cook y de Vancouver y á los colombianos nutkas de que hablan posteriores etnógrafos. El estrecho de Nutka, pequeña lengua de mar que se extiende junto á la costa occidental de la isla de Vancouver y que Cook consideró como estrecho de la costa del continente, ha dado su nombre á todos los objetos etnográficos que desde los tiempos de Cook y procedentes del Noroeste de América han pasado á formar parte de los museos, incluso á los de origen hiperbóreo.

una canoa. «Uno que no tenía máscara — dice Cook — se puso en la cabeza una caldera de hoja de lata que nos había comprado para no carecer por más tiempo de este adorno favorito.» Las máscaras de madera blanda que procedentes del estrecho de Nutka se guardan en nuestras colecciones están labradas con gran arte y seguridad y preciosamente bruñidas; las que representan rostros humanos se distinguen por su carácter de raza que aparece claramente marcado y es una prueba de lo bien que estos pueblos saben imitar el natural.

Análoga á la fiesta del salmón de que ya hemos hablado era en el resto de la América del Norte la de los primeros frutos ó del grano que empezaba á verdear que celebraban los indios del golfo, los hurones, los algonkines y las tribus del Oeste del Missisipi: precedíanla dos días de ayuno y de abstinencia de mujer y la «bebida negra» que se preparaba con la *Ilex Cassine*; al tercer día comíase por la mañana y al ponerse el sol empezaba el sacerdote, en medio del general silencio, á encender el fuego que purificaba á los presentes de todos los pecados, excepto del asesinato, razón por la cual era saludado con regocijo, pudiendo luego todos los criminales regresar impunes á sus aldeas. Este fuego puesto en un puchero de arcilla era colocado en un altar que se levantaba en medio del punto de reunión y en él derramaba el sacerdote un poco de «bebida negra» ofreciendo al propio tiempo al espíritu del fuego algunos frutos campestres untados con grasa de oso. Hecho esto, cada ama de casa recibía fuego nuevo para la preparación de los manjares con que se deleitaban los hombres en la plaza donde la reunión se celebraba y los niños en sus cabañas. La fiesta terminaba con cantos y danzas y con las visitas que recíprocamente se hacían los habitantes de las aldeas purificadas.

Las libaciones representan un papel importante en las fiestas de los sudamericanos haciendo que con harta frecuencia se conviertan en orgías; en estos festejos que casi semanalmente se celebran en una ú otra de las colonias de las tribus del Orinoco hácese extraordinario uso del paiwari presentado en gamellas de madera; pero además de estas fiestas celébrase cada mes, durante el plenilunio, un gran banquete. Ya se comprenderá que todos estos festejos suelen terminar en borracheras de los que en ellos toman parte, pues éstos pasan días enteros danzando en medio de gran estrépito hasta que han vaciado por completo todas las artesas de paiwari que contenía la cabaña en donde se da la fiesta. Repugnante en extremo es el cuadro que Pöppig traza hablando de los indios chilenos que echados en el suelo beben grandes cantidades de vino que sacan por medio de vasos de un agujero practicado en tierra. Las tribus guerreras del Sud, abipones y demás afines, decidían bebiendo todas las cuestiones públicas que generalmente se relacionaban con la guerra y con la paz. Ya hemos indicado antes cuán importante papel ha desempeñado en la historia de la decadencia de los pueblos americanos, especialmente de los del Norte, esta afición á la bebida que los europeos, como se ve, no crearon aunque más tarde fomentaron en alto grado. En ningún país del mundo, exceptuando quizás la Nueva Zelandia, han llegado las bebidas espirituosas á ser tanto como en este una potencia histórica de funesta eficacia, habiendo disminuído el retroceso de tribus americanas enteras en el punto y hora en que el comercio del aguardiente fué sometido á una fiscalización. Desde el país de los todas hasta el de los churrupes y aun más hacia el Norte encontramos extendida una costumbre en virtud de la cual durante estas fiestas se simulan luchas que á menudo revisten un carácter sobrado serio haciéndose en ellas uso de las armas.

de cabra montesa ó de perro, ribeteado también con franjas en su borde inferior y que tapa el brazo hasta el codo y el cuerpo hasta la cintura. En la actualidad aparece sustituido por la manta de algodón, *blanket*, tan solicitada que ha llegado á adquirir el valor de moneda: algunos caudillos poseen algunos millares de ellas. Cubren su cabeza los americanos norteo occidentales con un gorro en forma de cono truncado ó de maceta puesta del revés, hecho de hierba tejida á modo de estera fina, adornada con varias pinturas y á veces con un botón ó con borlas de cuero y atada por debajo de la barba con un cordón (véase el grabado de la pág. 72). Los hombres suelen colocarse encima de este traje una piel de oso, de lobo ó de lutra marina con el lado basto mirando al exterior que se atan por arriba á modo de capa pero de tal manera que ora les cuelga por delante ora por detrás. El cabello cae por regla general libremente por la parte posterior de la cabeza, pero algunos individuos se lo atan, sobre todo cuando no llevan gorro, encima de la coronilla en forma de moño. Este traje es en conjunto, según opinión de Cook, bastante cómodo y no tendría mal aspecto si estuviera limpio; pero como constantemente se unta el cuerpo con un unguento encarnado hecho con aceite y ocre, de aquí que las prendas del vestido se impregnen de grasienta porquería y despidan un hedor rancio. La limpieza no figura entre las virtudes de estos pueblos.



Arco y flecha de los indios del Noroeste (Museo Municipal de Francfort en el Mein).

para presentarse ante los extranjeros ó para ir á la guerra. A este número pertenecen en primer término las pieles de lobo y de oso que se ciñen como todas las demás pero cuyos bordes están adornados con anchas tiras de pieles de otras clases ó con rameadas telas de lana que confeccionan los mismos indígenas, y en segundo lugar las mantas de pelo de cabra con figuras de significación mitológica entretejidas: estos trajes suelen llevarse solos ó puestos encima de los otros vestidos. El gorro que hace juego con ellos consiste en una porción de corteza que el individuo se arroja á la cabeza, como hacen los polinesios con sus tiras de tapa, clavando á todo su alrededor grandes plumas especialmente de águila ó salpicando toda su superficie con plumitas blancas. Al propio tiempo píntanse las personas así vestidas la mitad superior del rostro de un color y de otro la mitad inferior, dándose la pintura

de tal manera que las pinceladas semejan heridas recientemente hechas; otras veces sobre este fondo pintado trazan una porción de figuras regulares que parecen esculpidas.

Algunos disponen sus cabelleras en pequeñas trenzas atada cada una con un hilo; otros se atan el cabello en el cogote clavando en él algunas ramas de ciprés. Entre los haidahes los hay que llevan el pelo muy corto, cosa que los habitantes del estrecho de Nutka consideran como ignominia reservada exclusivamente á los esclavos. Los jóvenes nutkas suelen arrancarse los pelos de la barba. El desgaste de los dientes hasta las encías se atribuye á la costumbre de comer peces llenos de arena, pero es más probable que constituya una deformación hecha expresamente. El tatuaje se practica poco; antiguamente algunos pueblos como el de los tschinukes lo practicaban con más frecuencia: como signo de tristeza, para precaver los efectos que en la vista producen la blancura de la nieve y los ardores del fuego del hogar y sobre todo para aumentar los atractivos personales píntanse esos indios el rostro y á menudo otras partes del cuerpo de negro. En las fiestas, en la caza y en la guerra empléase el color encarnado y á veces también el blanco, color este último que, según Cook, da al que con él se pinta un aspecto feo y repugnante.

Estas tribus para mayor adorno se agujerean no sólo los lóbulos auriculares sino también el borde exterior de la oreja abriéndose en él dos y más orificios de los cuales cuelgan pedacitos de hueso esculpidos, dientes y, cosidos en una correa de cuero, canutos de pluma, caracoles, dientes de tiburón, borlas de lana y delgadas hojas de cobre. Más tarde llevaron los tschinukes colgadas de las orejas sargas de cuentas de vidrio imitando coral. Muchos tienen también agujereado el cartilago nasal y atravesado el orificio bien por un cordón blando bien por una delgada plancha de hierro, de cobre ó de latón en forma de herradura. «Con gran avidez — dice Cook — nos compraban los botones de latón para destinarlos á este uso.» Desde entonces, el comercio ha generalizado la plata que se ha convertido en el metal favorito para los adornos, siendo más estimada que el oro y elaborándose con ella brazaletes y sortijas de labor indígena de los cuales suelen llevar muchos en un brazo y en todos los dedos. Antiguamente los americanos del Noroeste llevaban únicamente brazaletes de cuentas blancas fabricadas con una substancia como concha de marisco y también plumeros de correas con borlas ó bien brazaletes de cuerno anchos, negros y brillantes de una sola pieza. Las falanges de los pies estaban también adornadas con correas de cuero rizadas ó con gruesos y retorcidos tendones de animales. Algunas tribus acostumbran también llevar en el labio inferior una clavija antiguamente de madera del tamaño de una cuchara ancha y plana y reducida hoy, con pocas excepciones y estas sólo observables en las mujeres viejas, á una clavija de plata: esta costumbre ha sido heredada indudablemente de los esquimales, pues entre los thlinkites esta clavija sólo se pone á las muchachas cuando entran en la pubertad, es patrimonio exclusivo de las personas libres y se coloca con un botón que aprieta sobre la encía, ni más ni menos que entre los esquimales del estrecho del Rey Guillermo. Entre los haidahes este adorno era antiguamente más grande y estaba más generalizado; era casi siempre de madera y lo llevaban generalmente las mujeres; más tarde fué reemplazado por una cañita de plata que en la actualidad ha caído asimismo en desuso. Las tribus meridionales no usan la clavija de los labios: Simpson observó este adorno hasta el estrecho de Millbank en donde recientemente lo ha visto Jacobsen

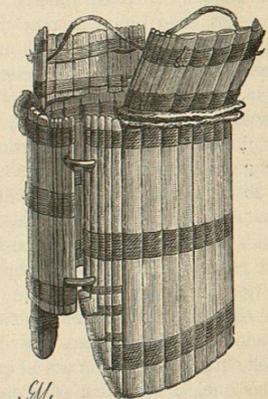
Además de este traje para diario hay otros que se llevan para las fiestas,

en una mujer de la tribu bella-bella que lo llevaba de nueve centímetros de anchura. Al lado de esta deformación encontramos la de la cabeza que se practica desde el acto del nacimiento tendiendo en unos á achatar la cabeza y en otros á darle la forma de cono ó de pilón de azúcar: ambos sexos están sometidos á ella, las mujeres quizás más que los hombres, siendo esta deformación general entre los tschinukes, frecuente entre los nutkas y rara entre los haidahes, de suerte que va menguando de Sud á Norte. Algunas tribus como los ahtes han renunciado á esta costumbre desde que se pusieron en contacto con los blancos.

Las armas de los indios americanos del Noroeste consistían antiguamente en el arco y la flecha, la honda, picas de distintas longitudes (de 1 á 5 metros), porras cortas de hueso parecidas á los *meris* de Nueva Zelandia, y una pequeña destal que no deja de tener semejanza con el *toma-hawk*. Las picas iban generalmente provistas de una punta de hueso larga; las puntas de las flechas eran también de hueso y ostentaban algunos garfios: esto no obstante, ya Cook encontró algunos dardos con puntas de hierro. En la actualidad sólo encontramos el arco y la flecha en manos de los niños, pues casi en todas las cabañas hay fusiles rusos ó ingleses (los americanos tienen prohibida la exportación de estas armas, por lo menos de las que se cargan por la recámara). La destal denominada *taawishch* ó *tsushkiah* era un arma verdaderamente extraña provista de una piedra de 20 á 25 centímetros de largo afilada por un extremo y ajustada por el otro á un mango de madera figurando la cabeza y el cuello de un hombre de modo que la piedra clavada en la boca parecía una lengua monstruosa. Este instrumento iba, además, adornado con cabellos humanos. El número considerable de sus armas de piedra hizo creer á muchos antiguos observadores que esos pueblos eran muy dados á luchar cuerpo á cuerpo; así parece indicarlo también el puñal (véase el grabado de la página 73) que actualmente usan todos estos indígenas. De los thlinkites, aficionados también á los desafíos, se dice que gustan de las luchas; no puede asegurarse otro tanto de los haidahes á quienes se atribuye una tendencia á guerrear traidoramente. Aislado aparece el dato de Poole según el cual los naturales de la isla de la Reina Carlota no conocieron más armas que la porra. De los habitantes del río Colombia se nos describe una porra á modo de espada de casi un metro de larga. El arco de los nutkas es, según se dice, de primorosa labor: *Sproat* refiere que es de madera de tejo ó de *Crab Apple*, de más de un metro de longitud y elegantemente arqueado en sus extremos por medio de tendones. El de los tschinukes está envuelto, para que tenga mayor elasticidad, en un entrelazado de tendones y desde su centro delgado va ensanchándose hacia sus extremos, ofreciendo gran semejanza con el de los hiperbóreos (véase el grabado de la pág. 76). Las flechas son sumamente largas alcanzando algunas veces una longitud de más de un metro, van provistas de puntas de hueso en forma de sierras y también de puntas de piedra; el mango consiste en un pedazo corto de madera dura y otro largo de madera blanda. Esto no obstante, hace treinta años que el arco y la flecha han desaparecido de entre los grupos más civilizados de los nutkas.

Las armas defensivas escasean más en los territorios meridionales que en los septentrionales. La única prenda que Cook observó entre los habitantes de Nutka como formando parte del equipo guerrero era una capa de cuero grueso forrada de lo mismo: para esto se empleaba la piel curtida de búfalo ó de alce. Esta capa se pone como todas las demás, cubriéndose con ella por delante el pecho hasta

el cuello y por detrás todo el cuerpo. Algunas veces esta capa está á trozos elegantemente pintada y por su espesor y rigidez resistía los golpes no sólo de las flechas sino también de las lanzas, haciendo, por ende, las veces de coraza. En tiempo del citado autor, llevaban además en época de guerra otra capa de cuero adornada con pezuñas de ciervo que, formando líneas horizontales, pendían de correas con canutos de plumas. Es muy dudoso, sin embargo — dice Cook — si este adorno está destinado á infundir espanto al enemigo durante la batalla ó si sólo sirve para las grandes solemnidades; y digo esto porque en una fiesta musical de estos pueblos vimos que el director de la misma, que tenía el rostro cubierto con una máscara y hacía sonar sus cascabeles, llevaba una de estas capas. Los tschinukes poseían unos collares de cuero y escudos de palos yuxtapuestos con los cuales se defendían de las flechas: tenían, además, yelmos de corteza de abedul y, según Ross, escudos redondos de piel de alce. En este punto son mucho más ricos los thlinkites puesto que poseen, como los hiperbóreos, corazas de palos (véase el grabado de esta página) y yelmos de madera con repugnantes caras á modo de visera; sin embargo, en esto, y especialmente por lo que hace á las corazas, están muy por debajo de sus vecinos del Norte.



Coraza de palos y planchas de madera, al parecer de los habitantes del estrecho de Nutka, probablemente de los thlinkites (Museo Británico, Londres) $\frac{1}{16}$ de su verdadero tamaño.

Las viviendas de los americanos del Noroeste son distintas según el género de vida de los que las habitan: allí donde prevalece la existencia errante de los cazadores y pescadores, sólo encontramos frágiles cabañas hechas con perchas y esteras de corteza y construidas junto á los cazaderos y pesquerías, existiendo, como en el interior de la América del Norte, una diferencia entre las de invierno y las de verano: estas últimas están emplazadas generalmente en las islas pequeñas. Pero casi todas estas tribus habitan, además, en casas fijas levantadas á orillas del mar ó de un río y si es posible en sitios fuertes por naturaleza, como las que vió Vancouver en el río de la Desolación, en peñascos abruptos é inaccesibles: cada una de estas casas contiene varias familias y en ellas predomina el plano cuadrangular. Poole vió en la isla de la Reina Carlota una casa de 15 metros en cuadro que albergaba 700 habitantes y Lewis y Clarke hablan de una del valle de Willamette que tenía 70 metros de longitud y estaba dividida por un corredor en dos filas de habitaciones. En la actualidad, cada casa está habitada por 4 ó 6 familias de 6 á 18 personas cada una. Entre los haidahes, que aun actualmente habitan las casas más grandes, no encontró Jacobsen ninguna que tuviera más de 20 metros de longitud: la fachada principal mira generalmente al agua y en ella está la puerta que antiguamente era redonda ú ovalada y hoy es cuadrangular. En la parte septentrional del territorio y en algunos puntos del río Colombia encontramos casas cuya mitad inferior es subterránea. El techo, que es de corteza, tiene una chimenea cuadrangular y el interior de la vivienda es completa-